

SEPTIEMBRE

mes
de la **Biblia**

Esperanza:
la vacuna bíblica



Nuria Calduch-Benages

Miembro de la Pontificia Comisión Bíblica

Día

19 *evd*

editorial verbo divino

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compade-

Al encontrarse con el malherido, desnudo, amoratado y agonizante, el sacerdote y el levita «se desviaron y siguieron de largo» haciendo ver que no lo habían visto. ¿Por qué reaccionaron así? El texto bíblico no da ninguna explicación al respecto, pero el lector atento busca en su mente posibles respuestas. Una podría ser el miedo a contaminarse. El sacerdote y el levita probablemente temieron por ellos mismos, por su integridad, por su seguridad. Si se detían a socorrerlo, podía muy bien suceder que el hombre se les quedara muerto en sus manos. Y eso era arriesgar demasiado. Así que por miedo a contaminarse con un muerto, no auxiliaron a un vivo. ¡Atención!, porque lo mismo puede ocurrirnos a nosotros si nos dejamos paralizar por el miedo al contagio. Corremos el riesgo de no ver a quien sufre a nuestro lado.

ció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuidemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”».

(Lc 10,30-35)



www.verbodivino.es